

en las santas reliquias sirvió para dilatar la nueva monarquía de los cristianos de España que ya había echado los primeros fundamentos. Desde que se creyeron en posesión del cuerpo de Santiago, no cesaron de hacer conquistas contra los infieles, hasta que los arrojaron de todas las bellas provincias de que en otro tiempo habían sido despojados sus padres.

Los franceses poseían también más allá de los Pirineos la Iberia Oriental ó la Cataluña; y las ciudades de Barcelona, Gerona, Urgel y Elna ó Perpiñan reconocían á Narbona por su metrópoli. Levantábase entonces en medio de aquellas montañas una tercera potencia, y á su ejemplo muchos héroes cristianos se formaron muy presto soberanías á costa de los moros tiranos de España, y los fueron estrechando de día en día hasta acabar con ellos (1). Iñigo, vizconde de Bigorra, viéndose á discreción de estos bárbaros en el débil gobierno del hijo de Carlo Magno, concibió la generosa idea de defenderse por sí mismo, y le reconocieron por rey los cristianos del país por los años de 850. Se fortificó lo bastante, y de tal suerte que después de algunos años de vida y de victorias dejó un reino bien establecido á su hijo Gimeno, que le transmitió asimismo á su hijo Iñigo II. Este príncipe, de los más dignos de tan noble sangre, no se concretó á lo que había heredado de sus padres, sino que dilató mucho sus dominios, tomó la importante ciudad de Pamplona, y dió forma y consistencia duradera al reino de Navarra. Tal fué el origen de esta corona, que es de las más distinguidas y antiguas de España.

Al paso que estos generosos vecinos inspiraban interés y valor á los cristianos súbditos de los moros, los sospechosos dominadores de estos procuraban privarlos de

(1) Marc. hist. Bearn. lib. 2, cap. 1.

su comercio. Ya había mucho tiempo que los trataban con tolerancia, y les dejaban bastante libertad de practicar el cristianismo. Ya había obispos en las buenas ciudades, sacerdotes en los pueblos pequeños, y grande número de monasterios. Se celebraba públicamente el oficio divino, y ni aun se les impedía el uso de las campanas que hoy tanto desagradan á los musulmanes de Turquía. En Córdoba, que era la residencia principal del imperio de los infieles, no llevaban estos á mal que hubiese una escuela cristiana en donde se enseñaban las ciencias divinas y humanas con tal éxito que la hizo muy célebre. En una palabra, apenas los inquietaban, con tal que permaneciesen tranquilos y pagasen el tributo. Con esto se habían multiplicado mucho los cristianos, conservando en medio de los árabes su Religión, sus costumbres, su lengua, que era un latín corrompido, y aun sus nombres nacionales. Venían á ser dos pueblos en un todo distintos que vivían en una región sujeta á la misma potencia.

Un perverso cristiano que se había alistado en las banderas del judaísmo, lleno de furor contra la Religión que abandonaba, suscitó una cruel persecución, y para alentar á los perseguidores, les exageró el peligro de permitir así á la mitad de sus vasallos unas observancias y creencias opuestas á las del resto del Estado. Persuadidos los árabes por él, pretendieron obligar á los cristianos á hacerse musulmanes ó judíos. Renováronse entonces los espectáculos de heroísmo que habían dado los mártires en los días más gloriosos de la Iglesia (1). Hombres, mugeres y niños, eclesiásticos y legos, gentes del mundo y religiosos, todas las condiciones y todas las provincias compitieron y emularon en los más heroicos sacrificios.

(1) Eulog. lib. 1 et 2 Memor.

Ejercióse con la mayor violencia la persecución por los años 850; y un tal Perfecto, sacerdote, que en su juventud había renegado, reparó este escándalo con un arrojo que le dió una de las primeras coronas. Un día que le preguntaron los infieles qué opinaba de Jesucristo y de Mahoma, dijo: «Jesucristo es el Dios bendito sobre todas las cosas, y vuestro profeta uno de los seductores de quienes se predice en el Evangelio que precipitarán á sus secuaces juntamente con él en el eterno abismo.» No bien pronunció estas palabras, cuando le cogieron con tanta precipitación, que los que le llevaban parecía que iban por los aires. Habiéndole presentado al cadí, este le condenó á ser degollado; y conduciéndole más allá del río Betis en una grande llanura al Mediodía de Córdoba, se ejecutó la sentencia al instante en presencia de innumerable multitud atraída de la novedad del espectáculo.

No mostró menos valor un comerciante llamado Juan, aunque lego. Isaac, monge de Tabana, á siete millas de Córdoba, fué la primera víctima de la crueldad entre los de su profesion. Era de una familia distinguida de la capital, y personalmente era muy apreciado entre los bárbaros, que ya en su juventud le habían confiado el oficio de secretario público. Creyó que en aquellas circunstancias debía procurar ilustrar á los infieles, ya que confiaban tanto de su probidad y de sus luces. Salió de su monasterio después de tres años de retiro, y corrió á refutar públicamente el mahometismo en la plaza principal de Córdoba, seguido de Sancho y de otros muchos fieles igualmente intrépidos é instruidos. Confundieron á los musulmanes sin lograr su conversión y aun sin poder empeñarlos en la controversia; porque la cimitarra, según las lecciones de su profeta sanguinario, les era más familiar que las armas del raciocinio. Cortaron la cabeza á los cristianos, quemaron

sus cuerpos, y arrojaron al río las cenizas. Su intrepidez sin embargo se comunicó á otros seis fieles, á saber, Pedro, sacerdote, Valabouso diácono, Sabiniano, Vistremundo y Habencio monges, con Jeremías primo del mártir Isaac y anciano venerable, que había gastado sus cuantiosos bienes en fundar á Tabana á donde se había retirado con su muger y casi toda su familia, porque en aquel monasterio, como en otros muchos de España, había dos comunidades separadas, una de hombres y otra de mugeres. Sacaron de su celo el mismo fruto que aquellos cuyo ejemplo se le había inspirado. Una emulación igualmente grangeó también la misma corona á los diáconos Sisenando y Paulo.

Disputó la generosidad á los hombres más valientes el sexo delicado de las mugeres, porque muchas llegaron á tal intrepidez que hasta se entregaban á sí mismas, opinando que no debían sujetarse á las reglas comunes, particularmente en los principios de la persecución, en los que parecía necesario aminorar el extremo terror que por todas partes procuraban los tiranos imprimir en los fieles. Entre el grande número de estas heroínas se distinguen la virgen Flora, que por su padre descendía de musulmanes: María, hermana del mártir Valabouso: Liliosa, cuyo padre y madre eran mahometanos, y que solo consiguió practicar el cristianismo con una larga serie de los esfuerzos más penosos: Digna y Columba, religiosas de Tabana: Pomposa, del monasterio de Peña-Mellar; y Aura, del de Cucteclar, nacida en el país de Sevilla de una de las familias más ilustres entre los sarracenos. Natalia ó Sabigota y otra Liliosa con sus maridos Aurelio y Felix, de un estado no menos ilustre según el mundo, se distinguieron mucho más por sus virtudes y por el esplendor de su martirio. Son también notables dos jóvenes religiosos, Cris-

tobal y Leovigildo, éste del monasterio de San Justo y Pastor en la montaña de Córdoba, el otro de San Martín en el mismo desierto, y antiguo discípulo de San Eulogio; el sacerdote Rodrigo, Anastasio, presbítero y monje, originario de Africa, y el diácono Jorge, religioso del monasterio de San Sabas en Palestina. Háblale enviado el abad David á buscar limosnas de los cristianos del Occidente para su numerosa comunidad, que tenía hasta quinientos monjes. Luego que llegó á Córdoba, pasó Jorge á visitar la santa casa de Tabana. Háblase á la sazón en este monasterio Natalia, que aun no había sufrido el martirio; y como era tenida en gran veneración por la vida angelical que hacía en el estado del matrimonio, dijo Martín, abad de Tabana á Jorge: «venid á recibir la bendición de Natalia, sierva de Dios.» Al punto que vió á este extranjero, dijo en tono que no admitía duda de que estaba ilustrada con luces proféticas: «nos ha prometido Dios que este religioso será compañero nuestro en el combate.» Cumplióse esta profecía poco tiempo despues por la confesión que hicieron de su fé uno y otra por su voluntad, lo que es un rasgo muy señalado de inspiración, que nos debe hacer muy circunspectos en nuestros juicios sobre la conducta de todos estos mártires, en quienes reprenden algunos que se entregasen por su propia voluntad contra las máximas ordinarias de la prudencia cristiana.

San Eulogio, presbítero y despues obispo de Córdoba, que había servido y exhortado por largo tiempo á todos estos confesores, y de quien nos queda la historia de sus martirios, se vió en la necesidad de justificarlos seriamente, aunque sus defensas no parezcan muy concluyentes. Se estiende en ellas mucho sobre el estado de desprecio y opresión en que los mahometanos tenían á los fieles: se detiene en hacer

largas descripciones, muchas veces en lugares comunes según el gusto de su siglo, y olvida sacar las consecuencias que debían ser su objeto capital; pero se descubre su designio que es esterminar que los sarracenos pretendían esterminar el cristianismo con la interrupción de sus observancias, y que temiendo muchos cristianos parecer tales, era preciso que los mas virtuosos alentasen el valor de los otros, y confundiesen á los infieles que triunfaban con impiedad del disimulo de los mas cobardes. Al presente, cuando ya la Iglesia ha puesto todos estos mártires en el número de los Santos, cuya fiesta celebra, no podemos dudar que ha reconocido en su conducta los motivos particulares que la justifican. En cuanto á su santo apologista, responde mucho mejor á los que les argüían también con que no obraron milagros, pues dice que «estas maravillas no eran tan necesarias como en el principio de la Iglesia, y pues Dios no las ejecuta para el bien de los que las obran, no por eso es menor la santidad de aquellos que no las han obrado.» Consiguio por último este San Eulogio participar del triunfo de aquellos á quienes había defendido y animado toda su vida (859).

No decayó un solo instante la intrepidez de estos mártires, por mas que no faltase quien mal la interpretara. Por espacio de mas de sesenta años que duró la persecución conservaron los fieles la misma constancia y el mismo ardor. La desgracia de Abderraman II, autor de tan cruel persecución, que murió repentinamente en una terraza de su palacio á tiempo que se divertía en presenciar el horroroso espectáculo de una multitud de victimas sacrificadas á su religion homicida (852), fué un terrible golpe de la divina venganza, aunque no aterró á Mahomet su hijo y su sucesor, cuyo furor impío sobrepujó al de su padre, aunque sin lograr mas ventajas. Háblale

sido preciso despoblar enteramente sus Estados para reinar en un desierto, si se empeñara en espulsar ó quitar la vida á todos sus súbditos cristianos. El mismo Abderraman se había visto precisado á mandar celebrar un concilio (852) para contener con la autoridad episcopal el ardor con que lo fieles relaban á la muerte. Los obispos por su parte prohibieron efectivamente, que en adelante se ofreciesen espontáneamente al martirio; mas bien fuese á causa de la oscuridad de un decreto que según el estilo de aquel tiempo estaba redactado en términos alegóricos y poco inteligibles, ó fuese por la persuasión en que estuvieron los confesores de que los prelados no querían mas que el que pareciese que contentaban al monarca, cada uno de ellos interpretó este reglamento según sus disposiciones personales. Viendopues Mahomet que el martirio tenía siempre para los cristianos el mismo atractivo, mudó su furor sanguinario en un odio sosegado y frio. Empleó todo su estudio en hacerlos despreciables quitándoles los empleos, echándolos de palacio, mandando demoler todas las iglesias que se habían construido despues de la entrada de los árabes en España, y oprimiendo con impuestos á los que adoraban á Jesucristo con el fin de hacerles insoportable la vida. Contentóse con quitar la vida á los fieles mas distinguidos, y sobre todo á los sacerdotes, y aun entonces se les cortaba prontamente la cabeza, sin usar, como los perseguidores idólatras, la barbarie y diversidad de tormentos, porque se sabía que esto en los primeros siglos de la Iglesia no había servido mas que para aumentar los mártires (a).

Los sarracenos de Africa continuaban por su parte asolando todas las costas de Italia. Arruinadas las murallas de Centum-

celas, y espuesta la ciudad á los perpetuos insultos de estos porfiados enemigos, se veían reducidos los habitantes á andar como las fieras por los bosques y los montes. Se compadeció el Papa Leon de aquel pueblo infeliz, y fué á donde estaban para establecerles un asilo (1). Era inagotable su caridad, siempre magnífica, y despues de haber edificado la Ciudad Leonina hizo construir á doce millas de Centumcelas en una altura de difícil subida otra nueva ciudad que llamó Leópolis. Con el tiempo, cesando el miedo á los bárbaros, se vió que esta habitación era menos cómoda que la antigua, y se restituyeron los habitantes á Centumcelas, á la que por esto dieron el nombre de Civitavechia, ó ciudad vieja. Murió Leon IV un año despues de la dedicación de Leópolis, es decir, á 17 de julio de 855. Apenas se puede concebir, cómo en un pontificado de solos ocho años pudo hallar recursos para todos los monumentos de su liberalidad, porque además de los edificios de que hemos hablado, fundó ó restableció un número prodigioso de monasterios; adornó y dotó mayor número de iglesias, y esto sin hablar de sus limosnas ordinarias y de las secretas profusiones de aquella delicada caridad que á cierta clase de pobres les ahorra hasta la vergüenza de recibir.

Le sucedió el sacerdote Benedicto, nacido en Roma, y de una piedad y desinterés confirmados con señales poco sospechosas (2). Mientras toda la ciudad estaba en rumor y movimiento para la elección de este Pontífice, estaba él tranquilamente orando en la iglesia de San Calisto, de la cual era presbítero cardenal. Fueron corriendo en tropel á darle la noticia de su elección; se levantó, y sabiendo de lo que se trataba, volvió á arrodillarse diciendo con lágrimas en los ojos á los que con tanto

(a) Acerca de la persecución de los cristianos en Córdoba y de los muchos mártires que hubo con este motivo, véase Morales, tom. 7; y el tomo 10 de la *España sagrada* del P. M. Florez. (N. del E.)

(1) Anast.

(2) Anast. in Bened. III.